



TESTIMONIO:



Eduardo Guerrero del Río
Doctor en Literatura
Director de la Escuela de Teatro
Universidad Finis Terrae

Las dos entrevistas literarias que publicamos a continuación tienen distinta procedencia. La primera de ella, al escritor **Pedro Lemebel**, se realizó en el marco del “Cuarto Encuentro con Escritores Chilenos”, el 21 de noviembre del año 2000, actividad de carácter anual que venimos efectuando desde el año 1997.

ENTREVISTA A **ESCRITORES CHILENOS**

La segunda, al escritor **Volodia Teitelboim** –galar-
donado recientemente con el Premio Nacional de
Literatura-, fue una entrevista hecha en su casa,
el día 10 de septiembre del año 2001, la cual se
publicó inicialmente en la Revista Cultura Urba-
na, en el mes de octubre del año pasado. Agra-
dezco particularmente a Carla Jara, por la ayuda
en la edición de ambos textos.



I
PEDRO LEMEBEL

(EG): Pedro, junto con darte la bienvenida a esta última jornada del Encuentro con Escritores y agradecer tu presencia, quisiera comenzar esta entrevista con tus inicios en la literatura.

(PL): Antes que nada, le doy las gracias a la Editorial Planeta por haberme invitado acá, ya que estos aires no los respiro habitualmente. Yo vengo de otras latitudes. En realidad, comencé en esto hace mucho tiempo, en los años duros. Yo escribía cuentos en un taller, porque en esa época, más que verificar los sucesos terribles que acontecían, se cuenteaba la realidad. En este ejercicio, a mí me resultaban los cuentos, tanto que podría haber sido un buen cuentista. Probablemente, no habría pasado nada con eso, porque este país está lleno de buenos cuentistas, o de cuenteros, si se quiere. Sin embargo, en 1982 me gané un premio de cuentos, con uno que era tremendamente gay y que significó una gran decisión respecto a mi nombre. Yo me llamaba, o me llamo todavía, igual que mi padre, porque es típico que los padres le ponen

el mismo nombre a los hijos, a los nietos y a los bisnietos, para conservar esa heredad patriarcal que se debe cargar hasta la tumba. Mi papá se llama Pedro Mardones y yo recibí esa herencia. Entonces, cuando me gané el concurso de cuentos del que he hecho mención, llegaron los periodistas de La Tercera a entrevistarme. Cuando se encontraron con mi padre, y le preguntaron su nombre, él respondió con total honestidad. Le dijeron que se había ganado un concurso, y como él ve Sábados Gigantes, programa de televisión que te llena de regalos, refrigeradores y cuanta cosa hay, se quedó callado y recibió lo que le dieron. Después, apareció este cuento terriblemente gay, con la foto de mi pobre viejo. Entonces, yo pensé que este error no podía volver a repetirse y decidí cambiarme el nombre. Sin embargo, otra causa, no menos importante, fue hacer alianza con el género femenino y establecer con mi madre una heredad materna. Así fue como decidí adoptar este Lemebel, que también es un poco trucho, porque es un apellido medio inventado. Parece que mi abuela, cuando quedó embarazada de mi madre y arrancó de su casa, se puso este apellido. Seguramente en esos años no pedían tantos papeles, y como mi madre es hija natural, lo lleva como corona. Yo me lo puse como princesa, porque mi mamá no ha muerto.

(EG): En relación a los cuentos, algunos consideran que tus crónicas, más que

crónicas, son, en definitiva, verdaderos cuentos, relatos o novelas breves. Entonces, ¿cómo te defines tú en la literatura?

(PL): Lo que yo hago es una escritura, un gesto al interior de la literatura, al interior del género, de lo rígido y patriarcal que son los géneros literarios. Entonces, lo de crónica, me lo puse como bajada de título, sin saber realmente si me acomoda o si voy a terminar mis días escribiendo crónicas. En realidad, se trata de una chapa más, así como "Yegua del Apocalipsis" o como Pedro Lemebel. Esto de las chapas lo aprendí en dictadura y ser cronista, es una más. En definitiva, yo hago una escritura que puede devenir en narrativa, en poética, en biografía o en canción. Por otra parte, yo trabajo con géneros bastardos, con testimonios, y no tengo muy claro qué rumbos puede tomar mi escritura. Por eso, no me aseguro tanto en la palabra cronista. En estos momentos le viene bien a lo que hago, aunque creo que puede ser un poco más amplio.

(EG): Ya que has mencionado a "Las yeguas del Apocalipsis", creo que, de alguna forma, eso era también un tipo de escritura, la escritura de la performance a través del cuerpo. Cuéntanos en qué consistió ese colectivo que formaste a fines de los años ochenta.

(PL): Toda la historia no te la voy a contar, porque es

larguísima, en tanto tiene mucho significado. A nosotros nos gustó la palabra performance, sin saber de qué se trataba. A mediados de los años ochenta, cansados de que el tema homosexual no estuviese presente en ninguna parte, y no encontrando un colectivo que develara la moral conservadora e hipócrita que caracteriza a nuestra sociedad, incluso en segundas tandas en tiempos de democracia, nosotros nos dedicamos a hacer intervenciones urbanas y armamos este colectivo. Siempre ocurría que cuando se hablaba de "Las yeguas del Apocalipsis", la gente pensaba que eran miles y, sin embargo, esta agrupación la formábamos sólo dos personas. El nombre fue el primer gesto de travestismo. Nosotros nos travestimos el nombre, porque de Francisco Casas y Pedro Mardones, llegamos a ser "Las yeguas del Apocalipsis", nombre de película antigua con algo de rimbombancia. Ésa fue una chapa en la que tomamos los epítetos con los que se agrede a la mujer, por eso yeguas. Y al ponernos nosotros ese nombre, reivindicamos esa ferocidad y el derecho a discrepar desde el género.

(EG): Respecto a tu primer libro, "La esquina en mi corazón", cuyo subtítulo es "Crónica urbana", y teniendo en cuenta que en el último tiempo el tema de la ciudad es bastante recurrente en los escritores chilenos, ¿cuál es tu vinculación con la ciudad y con Santiago, fundamentalmente?

(PL): Las crónicas que aparecen en mi primer libro fueron publicadas en la revista "Página Abierta", revista que ya no existe, como muchas otras, y fue la gente de esa publicación la que le puso el título "Crónica urbana" a ese espacio que yo llenaba semanalmente. Respecto a mi relación con la ciudad, creo que se trata de una especie de amor y odio con esta metrópolis, que aunque se vista de seda, igual mona queda. Que aunque se vista de rascacielos, es de mentira y pareciera que está hecha de cartón. Existe un arribismo permanente en el santiaguino. Arribismo que está, evidentemente, teñido de una condición social. Los cuicos, cuando pasean por el lado del río Mapocho, creen que están en el Sena, pero los saucos y los mojones los bajan a la realidad. No hay un imaginario de ciudad que contenga todas las críticas que le hago a Santiago. Yo creo que Santiago es apenas un esbozo de ciudad, un sueño de ciudad. De alguna manera, Santiago sigue estando vacío y en toque de queda. La nuestra es una ciudad peligrosa y sospechosa. Desagradable, en realidad. No sé si alguna vez Santiago tuvo una metáfora de bohemia, pero ahora sigue siendo una ciudad custodiada. Sin embargo, todas esas cosas hacen que de alguna manera me provoque y me seduzca a la vez. Me seduce, por ejemplo, en términos de develación de esta especie de enfermedad crónica de vigilancia y de paranoia expresada en las cámaras de vigilancia, situación que

empezó en el barrio alto y que está llegando a las comunas pobres, porque la gente tiene su mediagua y le pone una reja y unos candados tremendos. Creo que es esa paranoia la que no permite habitar esta ciudad. Agrega a eso que aquí hay sólo mediocres autómatas, los santiaguinos.

(EG): Más de alguien ha dicho que eres la voz de los que no tienen voz. Sin embargo, ¿cómo define Pedro Lemebel su acercamiento a la literatura?

(PL): Eso de ser la voz de los que no tienen voz, suena como Evita Perón. Creo, como dice Foucault, que las minorías tienen que hablar por ellos. Entonces, las minorías étnicas o las minorías sexuales deben alzar su propia voz. Yo sólo recojo ciertos ecos de disconformidad, quizás, y tal vez los hago literatura, o canción literaria. Pero, cómo definirme o cómo plantearme frente a la escritura, no lo sé. Creo que es interesante, eso sí, plasmar lo que se está viviendo, el tiempo que se vive, con todos sus bemoles. Es algo que va más allá de ser solamente crítico, porque a uno también le ponen el mote de crítico y no vaya a ser cosa que me confundan con la doctora Cordero y la cosa, claramente, no va en ese sentido. Evidentemente, es interesante poner los escorpiones en el lugar del poder y qué placer más maravilloso otorga aquello. De alguna manera, es un lugar signado en el que te instalan, porque hay un poder

que permite que se te ubique en esa posición. Es como el caso de los homosexuales, a los que se les da permiso para habitar y para existir en este país, pero en sus lugares, ya sea una discoteque o una peluquería. Además, los homosexuales tienen que hablar solamente de homosexualidad, porque no pueden hablar de otra cosa, tal cual les sucede a los comentaristas de fútbol, que hablan sólo de fútbol. Así, un sinnúmero de otras formas de entrapar el afán libertario de los sectores oprimidos. Y cuando yo digo minoritarios, no estoy hablando de una suma matemática, y esto lo voy a reiterar, porque es bien fácil que alguien crea que si estamos hablando de minorías, de pobres, de jóvenes o de mujeres, estamos hablando de un número o de una ecuación matemática. Ésa no es la relación, porque la verdadera es la que se da con el poder. Cualquier grupo social que está frente a un estatuto de poder, es una minoría. Una muchedumbre frente a un hombre armado es también una minoría.

(EG): Hace cuatro años, mencionabas que la subversión desde el arte te había significado un costo muy alto, ya que tu literatura no pasaba los circuitos literarios. En perspectiva, ¿sigues afirmando lo mismo?

(PL): Cuando yo afirmaba eso, lo hacía con un cierto orgullo, porque me agradaba

ver que mis textos no eran la opción del mercado librero. Sin embargo, los libros han volado más allá, cruzando fronteras. Me venden en el Alto Las Condes, y eso es interesante también, porque la gente que no baja nunca a la periferia va a conocer a través de un texto de qué se trata aquello.

(EG): Como ahora estás invitado a un estelar televisivo, no puedo dejar de pensar en los tiempos en que afirmabas que cuando fueras a la televisión, si es que alguna vez ibas, dirías todo lo no dicho, los temas ausentes. ¿Podrás tocar esos temas?

(PL): Voy porque creo que podré tocar esos temas; de lo contrario, no iría. En realidad, es la segunda vez que el colorín ése me invita a su programa "De Pé a Pá". ¡Qué rara es la gente colorina! Yo nunca me he acostumbrado a ellos. Quizás por eso no me acostumbré a Ravinet y a su pinta de alcalde de país de cuentos. Para mí tiene un costo ir a este programa de televisión, porque el señor que me invita apareció en el cumpleaños de Pinochet dándole la mano, y en mi caso, la ética es fundamental, sobre todo, cuando considero lo que ha acontecido en este país. Verdaderamente, es jodido participar en un programa tan escandalosamente frívolo. Sin embargo, creo que hay lugares y espacios masivos, en los que, a lo mejor, uno puede intentar decir algo que no se dice comúnmente. Mañana filmamos, en vivo y

en directo, cosa que me encanta, porque si hubiese sido grabado, ¡jamás hubiera ido! Además, me pagan por poner la cara, y de alguna forma, avalarlos a ellos también. Porque aquí no se trata de que te hagan un favor. Fíjate que en la mayoría de los casos, exceptuando a Guillé o a Pamela Jiles, la cara de la televisión sigue siendo la que nos dejó la dictadura. Allí están todos los rostros que animaron el show del horror, porque entre ellos existe una amistad y un compadrazgo de años. Para mí, toda la fuerza de este medio de comunicación se develó el año 1984, cuando mostraron en Canal 7 a Karin Eitel, una chica que estaba presa y muy torturada. La CNI la puso en pantalla, maquillada encima de los moretones, desdiciéndose y arrepintiéndose de su participación en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Sin embargo, la barbilla le temblaba, lo que hacía evidente que detrás de ella había cañones apuntando. Nuestra televisión, capaz de mostrar a Heidi, no es para nada ingenua.

(EG): En relación al público, uno de los componentes esenciales en el proceso comunicativo, tu convocatoria es bastante masiva, lo que queda demostrado, por ejemplo, en tu participación en la Feria del Libro. ¿Qué crees que busca la gente en las obras de Pedro Lemebel?

(PL): Creo que la radio Tierra ha tenido mucho que ver en este fenómeno. Ésta es

una estación de mujeres que me ha dado espacio para poder leer mis textos, acompañándolos con alguna musiquita. Lo que en realidad se da allí, y que resulta muy interesante, es que la gente está empezando a escuchar literatura. No sé si aquello tendrá algo que ver con la voz, esta voz ambigua y maricueca que tengo. Fíjate que hace poco, en la presentación de uno de mis libros, se me acercó una señora con una niña mongólica. Esta mujer me comentó que Karin, la niña, le pedía que pusiera la radio a las dos de la tarde, para escuchar mis lecturas. La niña, sin embargo, estaba mirando hacia el techo, sin percatarse del diálogo entre la mujer y yo. De pronto, la señora nos presenta y comienza a pedirle a Karin que me salude, porque es a mí a quien ella escucha todos los días. Al ver que no había reacción, le dije que no se preocupara. En ese momento, al escucharme, a la niña se le prendieron unas especies de luces y me abrazó. Entonces, ¡qué fuerza puede llegar a tener el recurso oral! En Karin, y con ella, descubro que para mis lecturas existen una cantidad de destinatarios impensables, como esta niña, que sólo ella sabe lo que entiende. No sé, tal vez hay algún rasgo de afecto que a ella la atrapa, o quizás, mi escritura está dirigida a los sectores que son minorías; a las minorías de las minorías.

(EG): En relación a la literatura chilena actual, ¿de qué hay que hablar a comienzos de siglo? ¿Exis-

ten temas pendientes o ya se ha dicho todo?

(PL): En lo personal, después de la narrativa que apareció en los años noventa, me interesó mucho el despertar del ensayo. Autores como Tomás Moulian o Jocelyn-Holt dieron un nuevo impulso a las letras, quitándole a nuestra literatura el barniz ficcional que la caracteriza. Sin embargo, reconozco que ese tipo de escritura quedó estancada, y dio paso a esta ola de periodismo literario. Creo que en general, y a partir de la despolitización de la literatura, en este país existe un verdadero kárdex literario, o sea, literatura para todos. Evidentemente, entonces, faltan plumas más irreverentes que pongan en cuestión el género. Asimismo, escasean escrituras de mujeres. Entre las pocas que hay, sin embargo, me gustaría mencionar a Diamela Eltit, escritora que en sus textos se cuestiona la novela en sí.

(EG): Desde la perspectiva de lector, ¿cuál es tu vinculación con la lectura?

(PL): A mí me cuesta leer, sobre todo si se trata de una novela. Prefiero leer ensayos o textos donde aparezcan otros discursos. En realidad, la ficción me da lata, porque creo que la vida es mucho más interesante. En este país, en cada una de sus esquinas, puedes encontrar un motivo para escribir. Entonces, ¿para qué ficcionar? Es claro que ya no podemos seguir inventando el cuento de "La caperucita roja", cuando

todas hemos perdido la virginidad.

(EG): Tengo aquí estos libros de crónicas: “La esquina en mi corazón” (1995), “Loco afán” (1996) y “De perlas y cicatrices” (1998). En relación a ellos, ¿cuál ha sido la evolución de tu escritura para llegar a la crónica?

(PL): Después de un primer cuento, escribí el “Manifiesto”, texto que se ha transformado en mi personal caballo de batalla, porque lo leo y siempre funciona. En México, en la Bienal de La Habana, en todas partes tiene un recibimiento espectacular. De hecho, creo que ese texto fue el que me abrió las puertas de la crónica, porque entendí que las cosas debían decirse desde dentro y en completa vinculación. Ahora bien, no sé si mi escritura ha tenido una evolución. Creo que ha cambiado, eso sí, aunque por el momento, no tengo tiempo para escribir ni con la calma, ni con la rigurosidad, ni con el temple de un escritor mayor. En el fondo, cacareo más que escribo, porque vivo de esto; entonces, tengo que entregar a “The Clinic”, a “Punto Final” y, además, tengo que leer en la radio. Estoy en una carrera que en algún momento tendrá que parar, ya que necesitare tranquilidad para ver, en perspectiva, mi producción. Esta carrera contra el tiempo puede ser perjudicial para mí, ya que está a riesgo de transformarse en una reiteración, reiteración resentida como dicen por aquí.

(EG): El escritor Roberto Bolaño ha dicho, textualmente, que “Lemebel no necesita escribir poesía para ser el mejor poeta de mi generación”. Personalmente, considero que los textos que antes mencioné son bastante poéticos. Me gustaría que, muy brevemente, hablaras de la connotación que cada uno de ellos tiene para ti.

(PL): La mayoría de mis textos se titulan como canciones. “Loco afán”, por ejemplo, es verso de un tango, y “De perlas y cicatrices” perfectamente podría serlo. Sé que mis títulos tienen una carga, aunque por lo general, me cuesta mucho titular mis textos. Ahora, acabo de entregarle a Editorial Planeta una novelita, porque me decidí a escribir novelas, titulada “Tengo miedo torero”, que es una frase de una canción de Sarita Montiel. La temática de esta obra se relaciona con el atentado a Pinochet, aunque en realidad, se trata de una historia de amor entre un frentista y un homosexual. Esta historia se cruza con diversas situaciones de la vida cotidiana de Pinochet y doña Lucía. La verdad es que no sé si se trata de una novela. Tal vez, es una larga crónica o un ensayo.

(EG): Tengo entendido que “Loco afán” se montará como obra de teatro. ¿Cuál va a ser tu vinculación con el montaje?

(PL): A mí el teatro me aburre. En general, encuentro

que las representaciones son falsas, y quizás por eso, me dediqué a la performance. Sin embargo, Alejandro Trejo, quien está a cargo de este montaje, me parece una persona muy confiable, que puede hacer algo muy interesante con estos textos. Yo no he visto nada todavía. Sé que se va a presentar en “Teatro a Mil” y ojalá resulte.

(EG): Dentro de los múltiples personajes públicos que mencionas en “De perlas y cicatrices”, están Cecilia Bolocco y Raquel Argandoña. De la primera dices que su tiempo de soberana se terminó, igual que la dictadura. Pedro, ¿se terminó ese reinado?

(PL): Es interesante que me hagas esta pregunta, porque yo también me lo he preguntado. En el caso de Cecilia Bolocco, yo no hablaba sólo del personaje, sino que me refería a toda la parafernalia de la elección de reinas y de las misses. Me refería a ese estereotipo, y en ese sentido, la Cecilia Bolocco caía muy bien. Cuando termino la crónica diciendo que su tiempo de soberana había terminado, estaba haciendo una metáfora. Mucha gente se emocionó cuando vio a una chilena coronada como la miss del universo, pero cuando volvió al país y se fotografió con Pinochet, algo se quebró en toda esa fantasía. Entonces, yo apelo a eso, porque me cansa este encumbramiento y divinización que se construye alrededor de ella. Fíjate que cuando vi a Susana Jiménez, verdadero monstruo de

mujer, entrevistando a Bolocco, no podía dejar de pensar en lo pajarito que se veía nuestra miss, al lado de esa otra hembra tremenda. Además, la Jiménez se rió de ella todo el programa, ofreciéndole pañuelitos para secar sus lágrimas. Esa ironía la tiene una verdadera diva, no un pajarito. Respecto a la Argandoña, creo que se da lo mismo, un afán absoluto por ser condesa, duquesa, alcaldesa, cualquier cosa que suene a tonta lesa.

(EG): Volviendo al tema de la escritura, muchas críticas han alabado tu dominio del lenguaje. ¿Hay en ti una preocupación consciente por el lenguaje, que va más allá de la rapidez de una crónica? ¿Reescribes tus obras?

(PL): Sólo cuando tengo tiempo. Creo que mi primer libro, “La esquina en mi corazón”, es el mejor texto, como escritura, que he hecho. Se trata de un libro complejo, porque es muy barroco y metafórico. Con él hice reescritura constante. Los otros son un poco más orales. Tienen, eso sí, la rapidez y fluidez de la crónica. Sin embargo, pienso que a mi escritura le hace falta un poco más de serenidad, aunque a lo mejor, me lateo con la serenidad y termino no escribiendo más.

(EG): En el hecho de no tener tiempo, ¿no se cae en el peligro de hacer una literatura light?

(PL): No, para nada, porque las cosas que yo digo no las

dicen los light; ellos no se pisan la cola. De alguna manera, esta habla/escrita/deslenguada tiene que ver con una oralidad apresada, con un grito amordazado que surge intempestivamente. Justamente, éste es el momento en que este tipo de escritura es necesaria. En el futuro, tal vez, me replantee este tema, pero por ahora, tengo muchas cosas que decir.

(EG): Me gustaría, para finalizar este diálogo, que pudieras leer algún texto. ¿Vienes preparado?

(PL): Voy a leer este texto que no está en ningún libro. Se trata de una aventurilla en Valparaíso llamada "Noche de Halloween en Valparaíso". "Que si alguien dice vamos al puerto este fin de semana, y más aún si hay un feriado entremedio, que moviliza a la manga de santiaguinos apestados con el esmog y esa humedad apocalíptica que moja la entropiema y suda las calles de la ciudad. Vámonos al puerto, dice alguien, y como por magia se siente el frescor del oleaje y el tufo de mariscales y frituras de pescado con vino blanco heladito, para quedar raja tirado en Las Torpederas, fumándose un buen pito de paraguay, de ésos que te hacen olvidar género y nombre. Además, hay noche de Halloween en la disco no sé cuánto y no te cuento qué volá, qué onda, qué súper carrete, Pedro, y olvídate de las crónicas y vamos ya. Y ahí vamos encaramados en el pullman que sale completo, porque la gente aprovecha

estos recreos de los santos para ir a remojarse las patas en el mar, qué putas que está helado, que te deja el poto azul tiritando diente con diente, pero feliz, contento de arrancar de este hoyo asfixiante que es Santiago. Digo feliz, pero quiero decir con lo justo, con la plata del pasaje y algunas lucas para el carrete. Con la esperanza de encontrar locos de la farándula, que en la noche cooperen con la de pisco en la escalera del puerto, donde nos instalamos ocultos de los pacos, para hablar de política, de arte, de música, y cantar esas canciones añejas que los jóvenes sólo cantan en Valparaíso. Los chicos rebeldes que en Santiago apenas me saludan, pero allá se tiran a mis brazos, porque en la noche porteña todos los gatos son negros, hasta unos cuicos de Tabancura que van pasando y al sonido de las risas nos hacen salud y se integran al grupo diciendo que me han leído, que me comprenden, que me aceptan, porque soy muy buena onda. Y son tan jóvenes y bonitos, que me guardo el resentimiento social para el 1 de mayo, total, en una de ésas, me caso con el rubio 'undenground' que se hace el descamisado en estos arrabales. El rubio medio pato malo que se queda pegado conmigo y me estira la botella como si quisiera curarme, digo yo, y me cuenta la historia de Halloween, de las calabazas con velas, y las brujas, porque él la vivió en Gringolandia, de pendejo. Súper viajado, súper drogo y con ene billete, que suelta

generoso cuando se acaba el pisco. Y me dice que mejor nos cambiamos al whisky, para llegar relocos a la fiesta de Halloween, donde la Pelusa, en Viña. Que no me preocupe, porque allá hay de todo, y si falta llevamos dos whisky, pitos y unas líneas para olerte mejor. Que mejor me olvide de mis amigos patos malos de la escalera, porque ellos van a ir a esos bares de mala muerte donde no pasa na, tú sabís, y casi sin pensarlo, me embalo con ellos en una micro rumbo a Viña, hipnotizado por los ojos del rubio, que me dice que andar en auto curado en Valparaíso es un suicidio, y debe ser así, porque la micro casi vacía zangolotea las cuestas culebreando cerros, en medio de las risas y canciones en inglés que entonan los cuicos doblemente mareados por el viaje. De pronto, el vehículo se detiene y en una esquina suben tres payasos callejeros que encienden aun más la fiesta micrera, con sus caras pintadas y ropas de colores. Viste que acá también se celebra el Halloween, me dice el rubio aplaudiendo a los tonis, que se instalan junto al chofer para iniciar su show ambulante. Señores pasajeros, hay payasos buenos y hay payasos malos. Nosotros somos malos, así que vamos cooperando con todo lo que llevan, y no es broma, dice sacando un cañón y apuntándonos a todos, mientras el toni chico procede a la recolección de relojes, anillo, plata y whisky, hasta dejar al grupo tan limpio como Dios lo echó al mundo. Al bajarse, le

sacan un puñado de monedas al chofer, que se queda tan boquiabierto como nosotros, sin saber si reírse o enojarse, cuando con pistola en mano se despiden diciendo: acuérdense que hay payasos buenos y malos, nosotros somos malos. De allí a la comisaría a hacer la denuncia, todos bajoneados de quedarse sin plata, ni carrete en mitad de la noche, todavía desconcertados por el circo del robo, por la habilidad teatral de esos pungas de mierdas que me robaron mi Rolex nuevecito, me dijo el rubio, ya sin caña, completamente lúcido y enrabiado. Insoportablemente cuico ya sin trago, ni drogas. Imposible de seguir aguantando al grupito pituco en su clasista desgracia. Lamentándose, llorando porque tenían que regresar a Viña caminando y cuando lleguemos van a ser las tres y adiós fiesta de Halloween, puteaba una de las niñas. Entonces, en un acto de buena fe, metí la mano en mi bolsillo y les pasé plata para otra micro. Y sólo allí se dieron cuenta de que los payasos a mí no me habían revisado, ni robado. Debe ser por el miedo que tiene la gente de tocarme, le dije al rubio, que se quedó marcando ocupado cuando le tiré un beso con el dedo. Y me perdí en las sombras del puerto caminando hacia esos bares de boleros picantes, donde aún me esperaban mis amigos con las copas en alto, a punto de beberse la noche porteña con su roja risa de payaso".



II

VOLODIA TEITELBOIM

Escuchar a Volodia siempre resulta grato. Hay detrás de sus cuidadas palabras una sapiencia de años y utopías. Así, en una casa de la llamada República de Ñuñoa, entre libros y un gato que ronronea junto al dueño de casa, nos juntamos con este hombre que ha llenado sus días de literatura y de política. Nos dice que se encuentra "atorado de trabajo", ya que está elaborando el tercer tomo de las memorias y el segundo de "Noches de radio". Junto a ello, prepara su viaje a Europa, con escala en Estocolmo por los treinta años de la concesión del Nobel a Neruda. Al respecto, nos muestra una edición de su biografía sobre Neruda en turco.

(EG): A un día del 11 de septiembre, resulta inevitable preguntarle qué significa para usted esta fecha.

(VT): Yo creo que si pudiésemos suprimir de la historia lo que estalló el 11 de septiembre, y que se prolongó por diecisiete años, tendríamos

un Chile distinto, más conforme incluso con su condición de país donde el Presidente de la República caminaba por las calles sin guardespaldas y que llevaba a los chilenos a mitigar su condición de país respetuoso de las personas, que los hacía estimarse los ingleses de América. Creo que el 11 es la mayor tragedia de la historia nacional en el período republicano. Se podría argumentar que también hubo una guerra civil en 1891, donde murieron diez mil chilenos, número mayor a los fallecidos durante la dictadura. Pero ésta fue peor, ya que hubo desaparecidos y torturados.

(EG): ¿Qué podría decirnos de los acontecimientos vividos en EE.UU.?

(VT): Parece que el 11 de septiembre es una fecha fatal no sólo para Chile, sino de alguna manera también para la humanidad. Escuché entre las múltiples declaraciones reproducidas a raíz del ataque de terroristas en Nueva York y en Washington, que éste podría ser un presagio fatídico respecto del siglo veintiuno. Yo me resisto a aceptarlo, porque es demasiado trágico y siniestro. Sin embargo, por encima de los sueños de una humanidad en paz, está visto que esta centuria será dramática. Se han juntado muchas contradicciones. Me parece horrible que se proceda de esta manera y que haya incluso técnicas suicidas con aviones. La forma de llevarse a cabo, con gente secuestrada que muere con

los secuestradores lanzados como cohetes o misiles sobre edificios...

(EG): ¿Qué es lo más preocupante a su juicio?

(VT): Es muy preocupante ahora el problema de las represalias, un círculo vicioso atroz. Yo creo que verdaderamente debería levantarse un clamor mundial para que el siglo veintiuno no sea el siglo de la muerte. A mi juicio, es como para que todo el mundo se ponga a reflexionar.

(EG): ¿Qué cree que hay detrás?

(VT): Detrás de esto hay raíces muy profundas, raíces maléficas y de profundas injusticias. No sé si sea el momento para ahondar en el problema, pero el mundo está mal, a pesar de toda la euforia absolutamente triunfalista del neoliberalismo y de los que dominan hoy sobre todo el mundo occidental. Hay problemas que se van agravando cada vez más en relación con los países ricos, los países pobres, los continentes desarrollados y aquéllos más atrasados, ahondándose el abismo entre ricos y pobres. Esta humanidad que nunca había producido tanto y que nunca había tenido mayores injusticias en la distribución del ingreso y en el dar a cada persona el derecho a la vida realmente humana que cada ser merece por el solo hecho de nacer.

(EG): ¿Qué queda entonces para adelante?

(VT): Yo creo que el terrorismo no es el camino, en absoluto. Y me parece que el terrorismo hay también por muchos lados. Creo que sería la hora de una meditación más profunda, más allá de vulgaridades empíricas y de pasiones absolutamente superficiales donde se desdeña mucho el sentido de la justicia, que me parece a mí que es también el cimiento de la paz. No justifico nada de lo que está pasando. Me parece horrible, pero también creo que en este mundo en que se producen crímenes y catástrofes tan atroces no puede ser replicado el ojo por ojo, diente por diente. O si tú me sacas un diente, yo te saco los treinta y dos dientes, porque soy más poderoso y actúo con misiles. Creo que esto nos compete a todos. Con la vulnerabilidad de la potencia mayor del mundo, ¿qué queda para los países pequeños? Entonces es una especie de grito de horror que se escapa de esas torres gemelas incendiadas y derrumbadas y también es un clamor en el sentido de pensar la política más en serio, con mayor profundidad, pensando que lo más importante es salvar a la humanidad, y para salvar a la humanidad hay que dejarles un sitio a todos, el sitio justo que merece el ser humano, naciones grandes y pequeñas.

(EG): Sin embargo, la historia de nuestro país presenta varios períodos de profundos conflictos ideológicos y políticos.

(VT): Efectivamente, la nuestra no es una historia

amable. Siempre ha habido contradicciones, pero jamás se llegó a la necesidad de destrucción de lo existente para levantar otro estado y otro país. Ése fue el concepto en el que se basó la dictadura de Pinochet: todo debía hacerse para destruir al enemigo. Se trataba de que todo lo que supusiera liberalismo, mucho peor socialismo, quedara para siempre fuera de la historia. De alguna manera, en criollo y dentro de términos proporcionalmente menores que significa intentarlo en un país subdesarrollado, éste fue un intento semejante al hitleriano. Naturalmente, lo hitleriano implica un intento mundial de cambiar la historia universal. Lo nuestro fue una tentativa en pequeño del franquismo, muy cercano a Pinochet, quien llegó a declarar que el caudillo era su maestro. Pinochet incluso pretendió que lo hecho por él tuviera una validación internacional. Creo que también intervino el factor de la ignorancia. Su plan era organizar el golpe perfecto, implacable, sin miramientos, y para ello había que comenzar por la razzia dentro de las propias Fuerzas Armadas. Luego, debería ser un golpe puertas adentro, el país como una olla tapada, donde no trascendiera ni se escuchara en el exterior lo que estaba pasando. Para esto, confiaba en un hecho fundamental: el mundo vivía en la época de la Guerra Fría, donde cualquier método o recurso que se usara contra el comunismo era bienvenido, porque tenía la bendición de Washington.

(EG): ¿Cree que se ha reconstituido, en su esencia, la democracia en nuestro país?

(VT): Yo creo que, en nuestro país, se siguió un camino equivocado, por temor a la reacción militar, desconociendo, eso sí, el nuevo espectro internacional, que condenaba todas estas dictaduras siniestras. Entonces, como solución, lo de Chile fue un error gravísimo, porque en nuestro país se habían desarrollado las protestas, las que se basaban en la suma de factores del descontento de un pueblo, que durante más de diez años de dictadura, había experimentado todos los desmanes, todas las tragedias. Estas acciones llegaron a un punto muy alto y muy positivo, a mi juicio. Se logró la unidad de todos los que se oponían a la continuidad y a la acción de la tiranía. Este punto alto fue la Asamblea de la Civilidad, que en términos de participación, representaba al país entero. Sin embargo, y a pesar de este contexto, la democracia, en la esencia de su término, no se reconstituyó en nuestro país.

(EG): ¿Qué hace falta para la reconstitución democrática en Chile?

(VT): En primer lugar, la reflexión militar debe conducir a la creación de una doctrina propia, porque la Doctrina de Seguridad Nacional, impuesta por El Pentágono a todos los países de América, excepto Cuba, parte de la base de que el

enemigo es el pueblo, lo que lleva a exterminar toda forma, incluso política, de resistencia. Hoy día, esta doctrina es rechazada por distintos sectores internacionales. De hecho, hace una semana, el presidente de México se refirió al Tratado de Río de Janeiro, antecedente del Tratado de la Seguridad Nacional, que propone que Cuba es un país ajeno al continente americano, calificándolo en los peores términos. Chile debe hacer lo mismo, o sea, tiene que formar un pensamiento propio. Luego, se necesita partir de la base de que las Fuerzas Armadas no pueden asumir los gobiernos. Ellos deben ser obedientes al poder civil. Sin embargo, hasta hoy, la constitución chilena del ochenta, inmutable e intacta, sigue manteniendo que las Fuerzas Armadas son un organismo rector que garantiza la institucionalidad del país, lo que, teóricamente, posibilitaría cualquier intervención de parte de ellas.

(EG): Sin embargo, desde el lenguaje, hoy se habla de democracia en Chile, y no de transición democrática.

(VT): La transición sólo terminará cuando en Chile se reestablezca la democracia plena. Nuestra transición se hizo sobre la base del compromiso. Pinochet perdió el plebiscito, que en uno de sus artículos, tal vez el más importante para él, le renovaba el período presidencial. Aun así, se quedó un año y medio más en La Moneda, tiempo que aprovechó para anudar todas las Leyes de

Amarre, que han impedido cualquier cambio sustancial. Chile es, entonces, un país prisionero por dentro.

(EG): Quisiera cambiar de tema, para remitirnos a la polémica que se desató, hace algunas semanas, en torno a la figura de Gabriela Mistral. En un artículo de la revista "Rocinante", usted menciona: "El círculo vicioso de los clichés, cada cierto tiempo, vuelve a repetirse en torno a Gabriela Mistral, como tópico." ¿Por qué cree que se le da importancia a estos elementos superfluos?

(VT): Creo absolutamente en la libertad de expresión, y me defino como enemigo de cualquier forma de censura. Por lo tanto, no concibo la existencia de temas tabúes ni de figuras sagradas e intocables. Sin embargo, pienso que no hay que estimar que asuntos de la vida privada se constituyan en el aspecto predominante de una personalidad cuya significación central radica en los valores de su obra, en la trascendencia de su filosofía, en su concepción del país y del destino de América Latina, en la suerte de la humanidad. Gabriela fue una apasionada defensora de la paz mundial, del campesino, del niño y del trabajador. Ella misma se llamó cristiana, de democracia total. Esto fue lo que a mí me atrajo de ella. En la "Antología de la Poesía Chilena", yo había cometido una injusticia con Gabriela. Sin embargo, lo que me llevó a escribir su biografía, no fue

un afán expiatorio, sino el redescubrimiento de sus recados, de su reflexión sobre nuestro continente. En el libro no coloqué a Gabriela Mistral en el santoral, no le fabrico una aureola en torno a su cabeza. Ella misma, cuando se publicó una biografía suya titulada "Santa Gabriela Mistral", estuvo enferma varios días y dijo: "¿Qué tengo yo de santa! Asimismo, le pareció inaceptable el título de otra biografía, "La divina Gabriela Mistral", porque conocía todas las flaquezas de su condición humana y no estaba dispuesta a convertirse en una impostura. En el capítulo del amor de Gabriela Mistral, que ocupa un espacio amplio en la biografía, trabajo con elementos documentales, particularmente su correspondencia, sin destacar su apasionado amor contradictorio, dramático e incompleto, con el poeta Magallanes Moure. Años después de la publicación del libro, una persona se me acercó y me preguntó por qué yo no había tratado el lesbianismo de Gabriela Mistral. Simplemente, le contesté, porque no me consta, porque no tengo materiales sólidos para sostenerlo. Por otra parte, creo que la diversidad sexual es un hecho de la naturaleza. Por lo tanto, las personas son lo que son, y cualquier prejuicio en esa materia, es una gravísima trasgresión al ser humano.

(EG): ¿Dónde se establecen los límites entre lo público y lo privado, en la escritura de una biografía?

(VT): Ninguna biografía puede agotar el personaje. Cada biografía será un intento en que el autor investigue sobre la base sólida de argumentos establecidos, desplegando su trabajo tras el retrato, el perfil del personaje que está biografiando. Lo que a mí me interesa, son los valores que trascienden a la persona, más allá de sus conductas privadas. Creo, eso sí, que existe una cierta morbosidad que, en la época actual, se transforma en una tendencia que se ha legitimado. Todo lo que sugiera intromisión en la vida privada, despierta una ávida curiosidad, y por lo tanto, la publicidad sobre esta materia es muy rentable. Cuando se escribe una biografía, debe decirse la verdad, siempre y cuando ésta se afirme en bases sólidas, como producto de una investigación seria.

(EG): También usted ha publicado biografías sobre Pablo Neruda y Vicente Huidobro, todas de una excelente factura literaria. ¿Qué lo ha motivado a incursionar en este género?

(VT): Nunca pensé escribir biografías ni menos autobiografías. En el exilio, opté por ahondar en la vida de seres humanos que para mí representaban la encarnación de ciertos valores que habían sido negados. Si en Chile no se produce esa especie de amnesia importante, si no se practica con un corte de espada la abolición de parte de la memoria histórica, tal vez yo no me hubiera sentido inclinado a hacer de la

biografía una posibilidad de recuperación del recuerdo, de una época proscrita y de personajes colocados en la lista negra. Y empecé así con Neruda. En verdad, esto fue un encargo. Me pareció útil, de cierta necesidad. En ningún caso para construir estatuas ni levantar ídolos, porque el ser humano no tiene nada que ver con los monumentos. Había que llegar a la verdad intrínseca, profunda y diversa, para captar de estos personajes no sólo lo que escribieron o dijeron, sino también porque ahondar en sus vidas, recuperando sus valores, representaba una necesidad para la sociedad. Al fin y al cabo, los tres poetas chilenos que se biografían pensaron Chile y también propusieron su propia imagen utópica del país, es decir, el país deseado y soñado, el que debería ser. En Gabriela esto es muy rico y naturalmente es una versión de un Chile completamente incompatible con la dictadura militar. Neruda, a mi juicio, es un patriota muy desmedido de su país, porque lo considera, con una sinceridad entrañable, la esencia de su ser. Él está determinado por el Chile del sur, por la lluvia, por toda su experiencia vital, con una pasión tan desaforada que resulta conmovedora. Naturalmente, lo primordial para Neruda era el Chile soñado, una estrella luminosa en el fondo oscuro de una América dominada por las dictaduras.

(EG): ¿Qué sentido tiene la literatura en esta época en que vivimos? Al respecto, ¿no considera que la

literatura chilena –y el arte en general– se ha sentido “cautivada” más bien por las demandas del mercado, cayendo en lo light?

(VT): Éste es un gran drama de las postrimerías del siglo XX y del comienzo del XXI, porque muchos intelectuales fueron seducidos por el anuncio de una nueva civilización, que haría la revolución técnica por encima de todas las fronteras, convirtiendo al mundo en una aldea global. En este nuevo contexto planetario, las razones de la lucha social y del cambio tenían que ser abandonadas, porque el neocapitalismo, llamado ahora neoliberalismo, habría triunfado para siempre. Todo esto es un hecho relativamente reciente, coetáneo con la caída de la Unión Soviética. O sea, se establece hace doce años. Todos recordamos la euforia estrepitosa y delirante con que se saludó el advenimiento de la nueva era, el reino del mercado. Y muchos intelectuales, no estoy hablando sólo de escritores, se dejaron llevar por esta ola gigantesca que recorría toda la tierra. Hoy tenemos un mundo con más conflictos que hace quince años y las diferencias entre el primer y el tercer mundo se han agravado. A veces siento que hay un retorno a una nueva Edad Media, ya que se vuelve al estallido de las violencias entre etnias y religiones; aparecen, nuevamente, las guerras tribales y los conflictos raciales.

(EG): En este nuevo contexto, entonces, ¿cuál

sería la función de los escritores?

(VT): Creo que se necesita la presencia de novelistas y ensayistas, de intelectuales en general, que escriban y piensen sobre la etapa del desencanto, que se hace presente, como tema, en todas las reuniones internacionales de los grandes organismos económicos mundiales, ya que, efectivamente, la humanidad se ha ido desencantando, en la medida en que ve cómo se acrecientan las diferencias. Hoy, todo es especulación. Se especula con la salud y con la educación, cosa que, en mi época, era impensable. Hay un descontento latente entre la gente, incluida la de nuestro país, porque las soluciones que se proponen son falsas. En Chile, estamos ante el riesgo de que la extrema derecha, en la forma civil del pinochetismo, llegue a la presidencia de la república, con lo cual consolidaría todo el poder.

(EG): ¿Se siente arrepentido de haber dedicado mucho tiempo a la política en desmedro de la creación literaria?

(VT): Yo soy políticamente desde siempre, porque creo que los ideales no mueren ni los sueños envejecen. Estos sueños míos son eternos y milenarios, ya que el afán de la justicia social y de que el hombre sea respetado en su esencia, es un drama que la humanidad ha vivido a través de los milenios. Creo que incluso Cristo fue un reformador social. Él no sólo miró

al cielo, sino también, a la tierra. Sigo creyendo, fervientemente, en la necesidad de que el hombre respete al hombre, y que no sea considerado como mercancía. Sigo absolutamente fiel a aquello que sentí a los quince años y que ha sido una importante línea en mi vida. Por otra parte, soy un producto de época. Simultáneamente con ganar un concurso literario provincial, en los juegos florales de la Fiesta de la Primavera, que eran la plataforma de lanzamiento de todos los poetas chilenos, desde luego de Neruda, sentí el ansia de ser escritor. Esto ocurre en el año 1931, cuando la crisis mundial golpea despiadadamente a Chile, arruinándolo. Su principal producto de exportación, casi el único en ese tiempo, el salitre, se derrumba por entero. No se vende ni un kilo de salitre más, y el país se encuentra en bancarrota. El Estado no puede pagar los sueldos de los empleados públicos, y se extienden las enfermedades de la miseria, como el tifus exantemático. En ese momento, yo tengo quince años y ya participo de esta inquietud. Esto me marca muy poderosamente, ya que se trata de la época del descubrimiento de la sociedad y de las desigualdades entre las clases y los sectores. Entonces, mi definición es una que viene también por caminos intelectuales, por lecturas de libros, de las novelas sociales de ese tiempo, que eran muy importantes y significativas, y que se escribían en todo el mundo. Se trata de la gran

novela social norteamericana, alemana, francesa y rusa. De este modo, yo tengo dos vertientes que se manifiestan paralelamente, y que, en sí mismas, no son contradictorias. El problema es la distribución del tiempo, porque hay una época de mi vida en que la política, por razones de responsabilidad, primó. Sin embargo, en la noche, la conciencia me remordía y sentía el reclamo de la amada desdeñada, del amor más profundo, la literatura. Siempre escribí, tal vez no con la intensidad con la que lo hago ahora, o con la que lo hacía al principio. Lo que dejé de hacer fue publicar, por un sentido de pudor, de autoexigencia, y de perfeccionismo, ya que estimaba que lo que escribía no debía ser impreso. Mucho de eso está todavía allí, sobreviviendo a las requisiciones, a los allanamientos. Hace algunos años, y en un sentido de broma, le dije a un periodista que la política era mi mujer y la escritura, mi amante. Ahora, la amante ha sido pasada por el civil, tiene libreta y es la dueña de casa. Ella es la que manda, porque el noventa por ciento del tiempo, que es total, de principio a fin del día, y todos los días, es para la literatura.

(EG): ¿Qué sentimiento le provoca no haber recibido aún el Premio Nacional de Literatura?

(VT): Ése es un tema que puede concernirme personalmente, pero no es de mi responsabilidad. Yo siento

que la persona tiene que responder por sí misma, y a mí, lo que me interesa es trabajar. Los premios son accidentes exteriores, que pueden venir o ir. Eso no me quita el sueño.

(EG): En "La Gran Guerra de Chile y otra que nunca existió", señala: "Para no dejar morir el recuerdo, se escribió "Hijo del salitre". No quiso ser panfleto sino novela, novela nacida de una de las heridas más hondas". El próximo año se cumplen cincuenta años de su aparición. ¿Qué balance hace de esta novela y de las que escribió posteriormente?

(VT): Ésa es una pregunta que me toca, porque me autojubilé de la poesía, sin derecho a pensión, a los veinte años, después de publicar la Antología. Yo vivía con el reclamo insistente de la literatura, que reclamaba su lugar, increpándome por este olvido. Entonces, yo me propuse escribir una novela, partiendo de realidades muy profundas y dramáticas. Se trataba de la expresión de un mundo complejo, donde debería tener un sitio la subjetividad y el recuerdo, pero a la vez, partiendo de la realidad exterior. Es una novela que mantiene su vigencia, que ha sobrevivido en el tiempo. Después escribí otra novela, "La semilla en la arena". Mucho más tarde, "La guerra interna", novela desconocida en Chile. Es una ruptura con el estilo de las anteriores. Partiendo del Chile dictatorial, tiene como personajes

centrales a Neruda y a una mujer de pueblo que busca a su marido entre los desaparecidos. Es una conversación entre la vida y la muerte, entre la realidad y la fantasía. Si yo dispusiera de tiempo, me gustaría volver a la novela. Es mi sueño.

(EG): Finalmente, ¿cómo desearía ser recordado en la posteridad?

(VT): Como un hombre de buena voluntad que quiso hacer algo no en beneficio de sí mismo, porque yo he elegido un camino que no tiene nada que ver con el dinero y que sinceramente no tiene mayores pretensiones, pero sí se exigió a sí mismo el empeño diario para tratar de conseguir entre muchos que Chile fuera un país mejor para la gente trabajadora, entendida en su más amplia expresión. También como una persona que quiso entender algo de la belleza del mundo, enamorado de la palabra, de algunas mujeres, generalmente sin mayor fortuna. En el fondo, un soñador de sueños que sobrevivirán, porque muchas otras personas seguirán soñando utopías parecidas.